

NIVEO BOMARZO

Bomarzo en invierno, con sus figuras que surgen del conjunto de plantas y de piedras donde se dibujan sus intrincados laberintos, cubiertos de nieve sus jardines, se hace, si es posible, aún más enigmático. Nada es igual en el parque de los monstruos. Cada vez que Segismundo retornaba, todo parecía haber cambiado, pero, sin embargo las figuras gigantescas seguían permanentes, impertérritas, como ajenas al paso del tiempo, lo que en realidad cambiaba eran las estaciones y el propio Segismundo.

Como en otras ocasiones, tenía una cita, esta vez en la *Casa inclinada*. Siempre lo hacía así, pero ésta tenía que ser la definitiva. En los encuentros anteriores, siempre en primavera, los supuestos eruditos no le habían brindado la respuesta a sus demandas. ¿Qué significaban aquellos monumentos de granito que hablaban desde la roca con signos opacos rodeados por las nevaduras del follaje? Arcanos silenciosos, que parecían, ahora, aún más silentes bajo la nieve espesa de un diciembre inclemente.

Cada vez que regresaba, se imaginaba al príncipe Orsini diseñando el laberinto de imágenes pétreas para menguar el dolor por la muerte de su amada Giulia Farnese y, también recordaba pasados acertijos en el *Orco* dentro de la boca del monstruo, o en el *Templo*, otras veces en el *Teatro*...sin encontrar las claves de la mano de expertos jardineros. Esta vez había elegido la *Casa inclinada*, quizás por la inclemencia del invierno o por esa premonición de buscar los símbolos inestables.

Cuando pasó por la estatua del *Elefante* con la torre auestas, una de sus preferidas, recapituló en su memoria encuentros anteriores e intentó recordar las enseñanzas recibidas, pero su conciencia se hundía en la incertidumbre, como sus piernas, hasta casi las rodillas, en la nieve blanda del jardín. Dejó a un lado la *Ninfa durmiente*, pasó junto a la *Tortuga* y al rebasar el *Pegaso*, se imaginó que a él también le había llegado el momento de volar.

Al llegar a la *Casa inclinada*, el frío era mucho más intenso y por las ventanas sin celosías corría un viento gélido. Se guareció en un rincón y esperó. Era la hora señalada pero aún no había llegado. Esta vez, ya no se trataba de un experto en jardines simbólicos, le habían hablado de ella y le habían dicho que *filosofaba*.

-Soy Alba, ¿hace mucho que me esperas?

-Sólo unos minutos (o quizás siglos...)

-Me han dicho que quieres saber cómo desentrañar el misterio de este jardín encantado.

-¿Es posible?

-Estos jardines de Bomarzo son algo más que una historia de amor. Se acercan más a la filosofía del Amor. Ten, quizás aquí esté todo...

Segismundo apretó el libro entre sus manos, mientras Alba se fundía en el ocaso de la tarde y se perdía mezclada entre la nieve, las piedras y las plantas. La luz se perdía en las entrañas del mundo y en la penumbra de la *Casa inclinada* alcanzó a leer *Hypnerotomachia Poliphili*. Forzó la vista y siguió leyendo: “*Amable lector, escucha a Polífilo hablar de sus sueños. Sueños enviados por el cielo más alto*”. La noche caía sobre el níveo Bomarzo sumergido en nieve y con notable dificultad pudo leer, más adelante: “*Allí verás los palacios perfectos de los reyes, la adoración de las ninfas, las fuentes, los ricos banquetes. Los guardias bailan en trajes variopintos, y toda la vida humana se expresa en oscuros laberintos*”. La noche sumió definitivamente en las sombras a la *Casa inclinada* y dentro de ella Segismundo seguía inmóvil, como otra estatua de piedra del jardín de los monstruos. Había tanta luz en aquel libro.

Juan Manuel de Faramiñán Gilbert